

Tal vez nadie haya sentido nunca una gran pasión por un lápiz. Sin embargo, en algunas circunstancias puede llegar a ser muy deseable adquirir uno; en los momentos en los que nos empeñamos en tener un objetivo, un propósito, una excusa para recorrer medio Londres entre el té y la cena. Así como el cazador de zorros caza para preservar la raza de los caballos y el jugador de golf juega para proteger los terrenos sin edificar de los constructores, el lápiz nos sirve de pretexto cuando sentimos el deseo de vagar por la calle, y al levantarnos, declaramos: «Necesito comprarme un lápiz sin dilación», como si, al amparo de esta excusa, pudiéramos darnos el lujo de disfrutar con toda tranquilidad del mayor placer de la vida urbana en invierno: pasear por las calles de Londres.

En cuanto a la hora, debería ser al atardecer y, en lo que respecta a la estación, tendría que ser en invierno porque el brillo de champán del aire y la sociabilidad de las calles son entonces sumamente agradables. No nos atormenta, como en verano, el anhelo de sombra y soledad, o el de los dulces aromas de los campos de heno. Además, el atardecer nos proporciona la irresponsabilidad que otorgan la oscuridad y la luz

de las farolas. Ya no somos del todo nosotros. Cuando salimos de casa una hermosa tarde, entre las cuatro y las seis, nos despojamos del yo por el que nos conocen nuestros amigos y pasamos a formar parte de ese vasto ejército popular de vagabundos anónimos cuya compañía es tan agradable después de la soledad de la habitación propia. Porque en ella nos rodean los objetos que expresan sin cesar la singularidad de nuestro temperamento y refuerzan los recuerdos de nuestra experiencia. El cuenco de la repisa de la chimenea, por ejemplo, lo compramos en Mantua un día de viento. Cuando ya salía de la tienda, la siniestra anciana me tiró de la falda y declaró que un buen día se moriría de hambre, pero a continuación gritó: «¡Lléveselo!», y me puso en las manos el cuenco de porcelana azul y blanca como si no quisiera que le recordara nunca más su quijotesca generosidad. Así que, sintiéndome culpable, pero sospechando no obstante que me había desplumado, me lo llevé al albergue donde, en mitad de la noche, el posadero discutió tan violentamente con su mujer que todos nos asomamos al patio para mirar y vimos las plantas trepadoras entrelazadas con los pilares y las estrellas blancas en el cielo. El momento se fijó en la memoria para siempre y quedó acuñado, como una moneda, entre un millón de otros instantes que se desvanecieron sin sentir. Allí estaba también un melancólico inglés que surgió de entre las tazas de café y las mesitas de hierro y nos reveló los secretos de su alma, tal como hacen los viajeros. Todo esto —Italia, la mañana ventosa, las trepadoras enredadas en los pilares, el inglés y los secretos de su alma— se eleva en una nube que asciende del cuenco de porcelana de la repisa de la chimenea. Y ahí mismo, cuando bajamos la mirada al suelo, vemos la mancha marrón de la alfombra. La culpa fue de

Lloyd George.¹ «Ese hombre es un demonio», exclamó el señor Cummings, y depositó sobre la alfombra el hervidor con el que estaba a punto de llenar la tetera, de tal modo que quemó la alfombra y dejó un círculo de color tostado.

Pero cuando la puerta se cierra a nuestras espaldas, todo eso desaparece. Se rompe la concha que nuestras almas han excretado para cobijarse, para procurarse una forma diferente y, entre pliegues y asperezas, queda una ostra central de perceptividad, un ojo enorme. ¡Qué hermosa es una calle en invierno! Está, al mismo tiempo, visible y oculta. Podemos intuir avenidas rectas y simétricas formadas por puertas y ventanas; aquí, bajo las farolas, flotan islas de luz pálida por las que pasan deprisa hombres y mujeres llenos de energía, que, a pesar de su pobreza y su miseria, tienen cierto aspecto irreal, un aire de triunfo, como si hubieran dado esquinazo a la vida, de modo que esta, engañada por sus presas, no pudiera reclamarlos como víctimas y siguiera avanzando a tientas sin ellos. Al fin y al cabo, nos limitamos a deslizarnos someramente por la superficie. Nuestros ojos no son mineros, ni submarinistas, ni buscadores de tesoros enterrados. Nos llevan flotando con suavidad por una corriente, descansando, deteniéndose; tal vez incluso el cerebro se duerma mientras los ojos observan.

Qué hermosa es entonces una calle londinense, con sus islas de luz y sus bosques de oscuridad; a un lado, tal vez

¹ David Lloyd George fue primer ministro británico (1916-1922), lideró el país durante la Primera Guerra Mundial y promovió importantes reformas sociales que sentaron las bases del futuro estado del bienestar. Aunque admirado por su energía y logros, muchos ingleses lo rechazaban por su estilo autoritario, escándalos de corrupción y por romper con su propio partido liberal. Sus reformas también generaron oposición entre conservadores y clases altas que temían la expansión del Estado. (*N. de la T., como todas las demás*).

encontremos algún espacio salpicado de árboles, cubierto de hierba, donde la noche esté recogándose para dormir y, al pasar junto a una verja de hierro, oigamos esos pequeños crujidos y temblores de hojas y ramitas que parecen sugerir el silencio de los campos del entorno, el ulular de un búho y, a lo lejos, el traqueteo de un tren en un valle. Pero algo nos recuerda que esto es Londres; por encima de los árboles desnudos cuelgan unos marcos rectangulares de luz amarillenta: ventanas. Unos puntos luminosos arden con intensidad como si fueran estrellas bajas: farolas. Este terreno vacío contiene en sí mismo a todo el país, y su paz es solo una plaza londinense rodeada de oficinas y viviendas donde, a esta hora, unas luces intensas iluminan mapas, documentos o escritorios en los que los oficinistas se sientan a pasar las páginas de archivos de correspondencias interminables tras humedecerse el índice; o donde el resplandor del fuego, de tono más suave, oscila y proyecta su luz sobre la intimidad de algún salón con sillones, periódicos, vajillas, una mesa con incrustaciones y la figura de una mujer contando con exactitud las cucharadas de té que... La mujer mira hacia la puerta como si hubiera oído un timbrazo en el piso inferior y alguien preguntara si estaba en casa.

Sin embargo, aquí tenemos la necesidad perentoria de detenernos. Corremos el peligro de cavar más hondo de lo que la vista tolera; interrumpimos nuestro avance por la suave corriente tras agarrarnos a alguna rama o raíz. En cualquier momento, el ejército dormido puede agitarse y avivar en nosotros mil violines y trompetas como respuesta; el ejército de los seres humanos puede alzarse y afirmar todas sus rarezas, sufrimientos y sordideces. Demorémonos un poco más, contentémonos con lo superficial: el brillo de los ómnibus,

el esplendor carnal de las carnicerías, con sus flancos amarillos y sus vetas púrpuras; los ramos de flores azules y rojas que arden osados a través del cristal de los escaparates de las floristerías.

Porque la vista tiene esta curiosa característica: solo se detiene en la belleza; como una mariposa, busca el color y se regodea en el calor. En una tarde de invierno como esta, cuando la naturaleza se ha esmerado en pulirse y acicalarse, la vista captura los trofeos más hermosos, desprende trocitos de esmeraldas y coral como si toda la Tierra estuviera hecha de piedras preciosas. Lo que no puede hacer (nos referimos a la típica mirada media no profesional) es componer estos trofeos de manera que destaquen sus ángulos y relaciones más ocultos. Por eso, después de una dieta prolongada de este alimento sencillo y azucarado, de belleza pura e íntegra, nos damos cuenta de que estamos saciados. Nos detenemos en la puerta de una zapatería e inventamos alguna excusa, la cual no tiene nada que ver con la verdadera razón para guardar la brillante parafernalia de las calles y retirarnos a alguna cámara más oscura del ser donde podamos preguntar, mientras ponemos obedientemente el pie izquierdo sobre una banqueta: «Así pues, ¿cómo es ser una enana?».

La enana había entrado escoltada por dos mujeres que, aunque eran de tamaño normal, a su lado parecían gigantas benévolas. Sonriendo a las dependientas, parecían negar su deformidad y asegurarle su protección. La enana tenía la expresión malhumorada, y a la vez compungida, habitual en los rostros de los deformes. Necesitaba que la trataran con amabilidad, pero eso le irritaba. No obstante, cuando las gigantas llamaron a la dependienta y, sonriendo con indulgencia, pidieron unos zapatos para «esta señora», y la muchacha

empujó la banqueta para colocársela delante, la enana adelantó el pie con una impetuosidad que parecía reclamar toda nuestra atención. ¡Mirad eso! ¡Mirad eso! Parecía exigirnos a todos mientras mostraba el pie, porque era el pie torneado y perfectamente proporcionado de una mujer bien crecida. Arqueado, aristocrático. Cuando la enana lo contempló apoyado en la banqueta, su actitud cambió por completo. Pareció tranquila y satisfecha. Sus modales se llenaron de aplomo. Pidió un zapato tras otro, se probó par tras par. Se levantaba y hacía piruetas ante un espejo que solo reflejaba los pies calzados con zapatos amarillos, zapatos leonados, zapatos de piel de lagarto. La mujer se levantaba las falditas y exhibía las piernecitas. Tal vez pensaba que, después de todo, los pies son la parte más importante de una persona; las mujeres, se decía, han sido amadas solo por sus pies. Al no ver nada más que las extremidades, quizás imaginaba que el resto de su cuerpo estaba en consonancia con aquellos hermosos pies. Iba pobremente vestida, pero estaba dispuesta a derrochar cualquier cantidad de dinero en unos zapatos. Y como aquel era el único momento en el que no solo no temía que la miraran, sino que ansiaba atención, estaba decidida a utilizar cualquier artimaña para prolongar las pruebas y la elección. Mirad mis pies, mirad mis pies, parecía decir mientras daba un paso hacia aquí y otro hacia allá. La dependienta, con buen humor, debió de decirle algo halagador, porque de pronto el rostro de la enana se iluminó en un éxtasis. Sin embargo, las gigantas, al fin y al cabo, por muy benévolas que fueran, tenían sus propios asuntos de los que ocuparse; la enana tenía que decidirse; debía escoger. Al final, eligió un par y, mientras caminaba entre sus guardianas con el paquete colgando de un dedo, el éxtasis se desvaneció, volvieron

la conciencia, el antiguo malhumor, la anterior expresión compungida y, cuando salió a la calle, se había convertido de nuevo en una enana.

Pero la mujer había cambiado la atmósfera; había creado tal ambiente que, cuando la seguimos a la calle, parecía generar jorobados, contrahechos, deformes. Calle abajo caminaban dos hombres barbudos, aparentemente hermanos, ciegos como topos, que se sostenían apoyando una mano en la cabeza de un niño pequeño. Avanzaban con el paso implacable, si bien tembloroso, de los ciegos, que parece conferir a su avance algo del terror y de la inevitabilidad del destino que les ha sobrevenido. Mientras marchaba en línea recta, el pequeño convoy parecía dividir a los transeúntes con el ímpetu de su silencio, su franqueza y su desgracia. En efecto, la enana había iniciado en la calle una danza grotesca y renqueante a la que ahora se amoldaban todos: la corpulenta dama, bien envuelta en brillantes pieles de foca; el niño retrasado que chupaba el pomo plateado de su bastón; el anciano agachado en el umbral de una puerta como si, súbitamente vencido por lo absurdo del espectáculo humano, se hubiera agazapado para contemplarlo: todos se fueron sumando a la cojera y el taconeo de la danza de la enana.

¿En qué grietas y hendiduras, cabría preguntarse, se alojaba esta compañía mutilada de tullidos y ciegos? Aquí, tal vez, en las habitaciones superiores de estas casas estrechas y antiguas situadas entre Holborn² y el Strand³ —donde la gente tiene nombres raros y se dedica a oficios curiosos— residen los

² Zona del centro de Londres, ubicada entre el West End y la City of London.

³ The Strand o Strand es una de las calles principales de la City of Westminster, zona central de Londres.

batidores de oro, los plisadores de fuelles de acordeones, los forradores de botones, así como otros que, de manera aún más extraordinaria, se ganan la vida comerciando con tazas con platillos a juego, mangos de porcelana para paraguas y cuadros estridentes de santos mártires. Allí se alojan, y parece como si la señora del chaquetón de piel de foca debiera encontrar la vida tolerable acompañada del plisador de fuelles de acordeón o del forrador de botones; una vida tan fantástica no puede ser del todo trágica. Mientras reflexionamos que no nos envidian nuestra prosperidad, de repente, al doblar la esquina, nos topamos con un judío barbudo, hosco, hambriento, que nos contempla desde su miseria; o pasamos junto al cuerpo encorvado de una anciana abandonada en el escalón de un edificio público, cubierta con una capa que parece la manta que se arroja a toda prisa sobre un caballo o un burro muerto. Ante tales imágenes, los nervios de la columna vertebral parecen erizarse; una repentina llamarada arde ante nuestros ojos; se formula una pregunta que nunca recibe respuesta. A menudo, estos vagabundos eligen yacer a un tiro de piedra de los teatros, cerca de los organillos, y, al caer la noche, quedan casi al alcance de las capas de lentejuelas y las piernas brillantes de los comensales y las bailarinas. Permanecen cerca de los escaparates donde el comercio ofrece —a un mundo de ancianas que se acurrucan en los umbrales de las puertas, de ciegos y de enanos cojos— sofás que descansan sobre los cuellos dorados de orgullosos cisnes; mesas con incrustaciones de cestas de frutas de muchos colores; aparadores rematados con mármol verde para soportar mejor el peso de las cabezas de jabalí, de cestas doradas, de candelabros; así como alfombras tan suavizadas por la edad que los tonos rojizos de los dibujos casi se han desvanecido en un mar verde pálido.

Al pasar, al vislumbrarlo todo, el conjunto parece accidental pero milagrosamente salpicado de belleza, como si la marea del comercio que deposita su carga de modo tan puntual como prosaico en las orillas de Oxford Street no hubiera arrojado esta tarde nada más que tesoros. Sin pensar en comprar, nuestra mirada es despreocupada y generosa; crea, adorna, realza. De pie en la calle, podemos construir todas las habitaciones de una inmensa mansión imaginaria y amueblarlas a nuestro antojo con un sofá, una mesa, una alfombra. Esa alfombra servirá para el vestíbulo. Ese cuenco de alabastro estará sobre una mesa tallada junto a la ventana. Nuestras alegrías se reflejarán en ese grueso espejo redondo. No obstante, una vez construida y amueblada la casa, no tenemos la menor obligación de poseerla; podemos desmontarla en un abrir y cerrar de ojos, construir y amueblar otra casa con otras sillas y otras copas. O démonos un capricho en las joyerías antiguas, entre las bandejas de anillos y los collares colgantes. Elijamos esas perlas, por ejemplo, e imaginemos de qué manera nos cambiaría la vida si nos las pusiéramos. Entre las dos y las tres de la madrugada, las farolas proyectan una luz muy blanca en las calles desiertas de Mayfair. A esta hora solo circulan automóviles, y tenemos una sensación de vacío, de ligereza, de alegría solitaria. Llevando perlas, vistiendo de seda, salimos a un balcón que da a los jardines del Mayfair dormido. Algunas luces brillan en los dormitorios de los grandes nobles que regresan de la corte, en los cuartos de los lacayos con medias de seda, en las habitaciones de las viudas aristócratas que han estrechado la mano de grandes estadistas. Un gato se desliza junto a la tapia del jardín. El amor se manifiesta sibilina y seductoramente en los lugares más oscuros de la habitación, detrás de gruesas cortinas verdes. Paseando tan tranquilo,

como si estuviera deambulando por una terraza desde la cual contemplara los condados de Inglaterra bañados por el sol, el anciano primer ministro cuenta a lady Menganita, llena de rizos y esmeraldas, la verdadera historia de alguna gran crisis relacionada con los asuntos del país. Es como si estuviéramos encaramados al extremo superior del mástil más alto del barco más grande; y, sin embargo, al mismo tiempo sabemos que nada de esto importa, que el amor no se demuestra así ni los grandes logros se manifiestan de esta manera; así que disfrutamos del momento y nos recreamos en él mientras desde el balcón contemplamos al gato iluminado por la luna deslizarse junto a la tapia del jardín de la princesa Mary.

No obstante, ¿hay algo más absurdo que todo eso? De hecho, son las seis; es una tarde de invierno; caminamos hacia el Strand para comprar un lápiz. ¿Cómo es que también estamos en un balcón, es junio y llevamos perlas? ¿Qué podría ser más absurdo? Sin embargo, se trata de la locura de la naturaleza, no de la nuestra. Cuando la naturaleza abordó su principal obra maestra, la creación de la humanidad, debería haber pensado en una sola cosa. En lugar de eso, miró hacia otro lado y dejó que en todos nosotros se colaran instintos y deseos que están en total desacuerdo con el ser, de modo que tenemos rayas, variedad de tonos, todo se ha mezclado; los colores se han corrido. ¿Es el verdadero yo el que está en la acera en enero, o lo es el que se asoma al balcón en junio? ¿Estoy aquí o estoy allí? ¿O el verdadero yo no es ni este ni aquel, no está ni aquí ni allá, sino que es algo tan variado y errático que solo cuando damos rienda suelta a sus deseos y le permitimos seguir su camino sin trabas somos de veras nosotros mismos? Las circunstancias imponen la unidad; por una cuestión de conveniencia, una persona debe ser un todo.

El buen ciudadano, cuando regresa a su casa por la tarde, debe ser banquero, golfista, marido, padre; no puede ser un nómada que vaga por el desierto, un místico que mira al cielo, un libertino de los barrios bajos de San Francisco, un soldado que encabeza una revolución, un paria aullando de escepticismo y su soledad. Cuando abre la puerta de su casa, debe pasarse la mano por el pelo y depositar el paraguas en el paragüero, tal como hacen todos los demás.

Aquí están, justo a tiempo, las librerías de lance. En ellas encontramos anclaje en las corrientes frustrantes del ser; aquí recuperamos el equilibrio tras los esplendores y las miserias de las calles. La sola imagen de la mujer del librero con el pie en el guardafuego, sentada junto a una buena lumbre de carbón, oculta a las miradas procedentes de la puerta, es aleccionadora y, al mismo tiempo, alegre. La mujer no lee nunca o solo sostiene el periódico; cuando deja de vender libros, cosa que hace con placer, habla de sombreros; le gusta que un sombrero sea práctico, dice, además de bonito. Oh, no, no viven en la tienda; viven en Brixton; necesita ver un poco de verde. En verano, coloca un jarrón de flores cultivadas en su propio jardín encima de alguna pila polvorienta para animar la tienda. Los libros están por todas partes y siempre nos invade la misma sensación de aventura. Los libros de segunda mano son libros salvajes, libros sin hogar; se han reunido en grandes bandadas heterogéneas y tienen un encanto del que carecen los volúmenes domesticados de la biblioteca. Además, en esta compañía aleatoria y miscelánea podemos toparnos con algún completo desconocido que, con suerte, se convertirá en el mejor amigo del mundo. Cuando, atraídos por su aire de dejadez y abandono, bajamos algún libro blanco grisáceo de un estante alto, siempre existe la esperanza de encontrarnos aquí